

## HEINE Y LARRA: ¿DOS ESCRITORES MALQUISTOS EN SU PATRIA?

Berit Balzer

*Universidad Complutense de Madrid*

En estas dos figuras, precursoras del periodismo moderno, se da la paradoja de que gozaron de gran popularidad entre sus lectores, pero fueron desestimados por parte de un importante sector de la crítica oficialista. A pesar de su fama de dandys cosmopolitas<sup>1</sup>, en el fondo de su personalidad se agazapaba el trauma de un temprano desengaño amoroso que despertó en ellos una sensibilidad a flor de piel, dejándoles una impronta indeleble de escepticismo mordaz frente a las circunstancias reinantes. Desarrollaron un estilo periodístico que iba a sentar escuela para los modernos columnistas en lengua alemana y española. Con sus invectivas contra las instituciones y costumbres de sus respectivas patrias se adelantaron a su época, dando impulsos decisivos a un nuevo género literario: el artículo de costumbres. Heine fue un auténtico poeta, uno de los más grandes que tuvo Alemania. Larra no fue, en el fondo, literato en el sentido estricto de esta palabra<sup>2</sup>, sino que se limitó a reseñar, con un elaborado juego satírico de exposición y ocultación, los acontecimientos culturales y sociopolíticos del día. Heine añadió a su obra de creación propiamente dicha esa faceta de perspicaz observador, de subjetivo cronista de su época. Ambos, genuinos productos de su tierra y a la vez tremendamente desarraigados, fueron, por así decirlo, los primeros verdaderos europeístas de su país<sup>3</sup>.

Heine suscitó, con sus actitudes estéticas y sus ataques al atraso político alemán, una ola de mojigatería, de antisemitismo y de fervor patrioter, mientras que no consta que nadie se sintiera ofendido con los escritos de Larra, a no ser el Censor oficial de turno; en parte, porque Larra supo ocultar sus ataques a España bajo pseudónimos y formularlos de tal manera que no se le pudiese tildar de antiespañol.

---

[1] F. Umbral sostiene, en *Larra: Anatomía de un dandy*, p. 16, que «su indumentaria son [sic] una respuesta a la zafiedad de los madrileños» porque «quiere ser el progreso, la civilización, la libertad y el estilo».

[2] Azorín insiste en su semblanza de Larra (*Artículos de costumbres*, p. 10) en que «ni teatro ni novela señalan el paso de Larra por la literatura. Lo definitivo –lo que se supone que lo es– se cambia aquí en lo efímero, y lo efímero –el artículo diario– se convierte en lo definitivo».

[3] Para ambos se ha acuñado –otra coincidencia más– el rótulo de «Jano bifronte». Cf. E. Correa Calderón, Introducción a Larra, *Artículos varios*, p. 128, y M. Menéndez y Pelayo, Prólogo a la traducción de J. Herrero: Heine, *Poemas y fantasías*. Madrid, 1909, p. xii.

No pudo o no quiso desahogar sus iras, que canalizó a través de una sátira en cierto modo descafeinada, hasta que ésta, al no hallar su objetivo, se volvió contra él y le terminó por engullir.

A ambos escritores les dolió su país hasta el extremo de que Heine en 1831 huyó a Francia para seguir con su lucha democratizadora y no perecer en el intento. Larra, al regreso de su corto periplo francés, terminó pereciendo, pues desesperó de ver llegar alguna vez el ansiado cambio: eso es, la modernización de España a través de la educación y la liberalización. Se olvidó, empero, de un elemento *sine qua non*: el laicismo francés, postura que sin embargo encajó plenamente en la forma de pensar de Heine.

En 1854, Hermann Marggraff llegó a escribir, en el número 50 de los muy difundidos *Blätter für literarische Unterhaltung*, lo siguiente del último tomo de poesías que Heine había publicado en su entonces ya largo exilio:

Cuando uno compara estas muestras de poesía heiniana con sus anteriores logros en este género, por mucha licencia que se otorgue al humor, la indignación por esas lascividades y cinismos supera la admiración que uno quisiera admitir ante el inusitado talento de Heine. Se siente una especie de vergüenza nacional al pensar que este importante pero impuro espíritu sigue considerándose por muchos el verdadero representante de la literatura moderna alemana. [...] Uno se pregunta qué deben pensar otras naciones de nuestra cultura, qué opinarán los siglos venideros de la moral de nuestra generación, si el autor de tales canciones es celebrado como el primer escritor contemporáneo, como el representante más destacado de la poesía alemana. En el futuro se habrá de emprender un proceso de limpieza implacable con sus escritos y poemas, poniendo a salvo ese pequeño tesoro de canciones, baladas y caprichos que le dan derecho a ostentar tal título<sup>4</sup>.

Larra fue mejor acogido, quizás porque apenas chocó con la opinión de adeptos a la Corte y él mismo se encargó de camuflar hábilmente, adoptando diversas máscaras, sus negativas valoraciones de las instituciones y costumbres españolas durante el reinado absolutista de Fernando VII, la regencia de María Cristina y la Primera Guerra Carlista.

[4] Recogido en H. Heine, *Sämtliche Schriften* 6/II, pp. 71-72 (traducción nuestra).

En mi análisis parto de dos estudios que trazan una supuesta relación entre Heinrich Heine y Mariano José de Larra. El primero, de Agnes Aregger, rastrea la recepción de Heine en España y prueba fehacientemente que Larra conoció el escrito de Heine *De l'Allemagne* en su viaje a París en 1835. A su regreso, recomendó su lectura a sus compatriotas, aunque no entró a fondo en una valoración crítica de la obra, ni ésta parece haber dejado huella en él. Aregger pone de relieve, en su documentado libro de 1981, *Heine y Larra. Historia de la recepción de un escritor alemán en España*, que existió «congenialidad» entre ambos escritores en lo que se refiere a sus satíricos cuadros de costumbres, en los que plasmaron su visión crítica y su esperanza puesta en unas medidas liberalizadoras para Alemania y España<sup>5</sup>.

Por otra parte, Susanne Zantop, en *Zeitbilder* (Cuadros de la época. Historia y literatura en Heinrich Heine y Mariano José de Larra) de 1988, refuta la tesis de Aregger de que el paralelismo temático entre ambos autores revelara una idéntica concepción de la historia. Zantop, por el contrario, afirma que si hay que ver los ensayos de Heine como anti-historias, como modelos poéticos enfrentados a la historiografía tradicional y oficial como la practicaba en Alemania por la época Leopold Ranke, Larra propone un sucedáneo de una historia y una unidad nacionales que, según él, todavía no se habían producido. La historia de España aún estaba por escribir. A la petición que hace el ficticio personaje *El pobrecito hablador* a Andrés Niporesas, su corresponsal en Madrid, de enviarle una buena Historia de España, éste le responde: «Con respeto a la Historia de España que me pides, como dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado»<sup>6</sup>. Al igual que ocurrió en la polémica de Heine con el historiador oficial del Estado prusiano Ranke, Larra entabló un debate interno con Alberto Lista, que se había apartado sensiblemente de sus principios liberales, llegando a una entente con el poder<sup>7</sup>. Larra, que siempre fue liberal aunque nunca demócrata declarado, entendió la historia como una progresión desde la barbarie hacia la civilización. Cifró todas sus esperanzas en que, a partir de una materia prima mejorable, fuera a ponerse en marcha en España el ansiado progreso. Recordemos que en su artículo «En este país» defendió a su patria contra comparaciones ociosas de la siguiente manera:

---

[5] Según puntualiza L. Romero Tobar en «El viaje europeo de Larra», *Aula de Cultura* 17, Instituto de Estudios Madrileños, 1992, p. 23 y 25, Larra pudo tener contacto con Heine a través del ensayista francés Lermínier, saint-simonista al que Heine se había aproximado en sus primeros años parisinos. Larra tradujo «un texto fundamental en el ámbito del liberalismo ideológico y del socialismo utópico», de otro acólito del saint-simonismo, Lammenais, *El dogma de los hombres libres*.

[6] M.J. de Larra, *Obras I*, p. 130.

[7] Véase la «Oda al terremoto» de Larra (1829), reacción contra la posición antiliberal de Lista, manifiesta en los escritos que éste publicó en la *Gaceta de Bayona*.

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!<sup>8</sup>

El afrancesamiento de Larra estribaba en que sus ideas de progreso estaban basadas en el ideal ilustrado de educabilidad y en que anteponeía el empuje de la razón al estancamiento y al inmovilismo de las costumbres. Heine nunca tuvo pelos en la lengua para denunciar directamente su malestar respecto a la falta de libertades en la Alemania de la Restauración. Despotricaba sin tapujos contra Prusia y contra Metternich, contra el oscurantismo pangermánico y la forma en que muchos intelectuales coetáneos suyos se arreglaban con el poder. Ahí están sus *Cuadros de viaje*, su *Escuela romántica* y su escrito histórico-filosófico *Sobre la religión y la filosofía en Alemania*, aparte de sus epepeyas en verso *Alemania, un cuento de invierno* y *Atta Troll*.

Larra, al final de su vida, revistió su imagen de España con las metáforas del carnaval y del cementerio. Pero, antes de llegar a ese grado de desesperanza, había trasladado sus críticas a un lugar imaginario, «Las Batuecas», y había camuflado sus ataques bajo el disfraz de personajes ficticios<sup>9</sup>. Cuando hacía escribir al Bachiller Munguía desde «Las Batuecas» a Andrés Niporesas: «La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y ésta no escribe porque aquélla no lee»<sup>10</sup> se lamentaba de la falta de cultura en su país, ocultando a España bajo el ficticio nombre de las Batuecas. En uno de sus primeros escritos del *Pobrecito hablador* advirtió que pretendía reformar a la sociedad mediante sus sátiras, pero que nadie en concreto se diera por aludido:

A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecerse. [...] sólo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida<sup>11</sup>.

[8] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 281.

[9] Si bien Teichmann, cf. Larra: *sátira y ritual mágico, passim*, quiere ver en este juego de máscaras un enfoque ritual, tal aspecto nos interesa menos en relación con Heine que como factor que influye en todo juego satírico. Más interesantes nos parecen las afirmaciones de Teichmann acerca de la «magia verbal» de Larra.

[10] M.J. de Larra, *Artículos* (ed. E. Rubio), p. 142.

[11] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 89.

Sus ataques tenían, por tanto, el propósito de conseguir que la sociedad retratada pusiera en marcha un mecanismo de autocorrección. Y en otro artículo del *Pobrecito hablador* hacía insistir a «un hombre pacato» en que la intención malévola del satírico erraba su objetivo: «Las sátiras han de ser generales, y esa malignidad no puede ser hija sino de un alma más negra que la tinta con que escribe»<sup>12</sup>.

Da la impresión que Larra tira la piedra y esconde la mano, que ataca y pide disculpas por haber atacado, seguramente para preservarse contra los más que previsibles problemas con la Censura. Heine, cuando hubo levantado tantas ampollas con sus invectivas que la Censura se disponía a perseguirle, se marchó a París. O dicho de otro modo, Heine era iconoclasta contra viento y marea; Larra era reformista. Veía la posibilidad de levantar el edificio sobre las grandes y sólidas bases de la educación y de la instrucción<sup>13</sup>. De nuevo según Zantop, donde Heine deconstruyó lo existente, Larra proponía un discurso constructivo:

En Heine, el recurso de la subjetividad como medio estilístico se dirige contra las tendencias armonizadoras de una Restauración represiva y su consiguiente santificación de la Historia; en Larra, la contradicción entre el modelo armonizador y la realidad, entre expectativa y experiencia, dirige su fuerza destructora en última instancia contra el propio autor<sup>14</sup>.

Heine abogaba por la ruptura con lo existente, Larra por una subsanable continuidad. A un lado tales diferencias ideológicas, la sátira en ambos escritores funciona, a nuestro modo de ver, como posibilidad de fustigar el atraso político y cultural y de proponer una visión histórica contraria a ese insatisfactorio estado de las cosas. Larra escogió como cauce literario los artículos de costumbres, que son como unos brillantes esbozos o unas instantáneas reveladoras. *Los cuadros de viaje* de Heine responden a este mismo afán de filtrar los hechos de la realidad por el tamiz de lo subjetivo. Las crónicas parisinas de Heine, su admiración por el arte de Daumier, Goya, Delacroix y Decamps, se corresponden con el mismo propósito: no buscar continuidad sino discontinuidad, disonancias en la realidad, de ahí que redactara caricaturescos «cuadros» y no elaboradas tramas. La cercanía de Larra al Goya de los *Caprichos* y los *Disparates* se desprende de algunos de sus títulos, como señala muy acertadamente Zantop<sup>15</sup>: «El mundo todo es máscaras» (Larra) / «Nadie se conoce»

[12] Ibid., p. 149.

[13] Ibid., p. 158.

[14] S. Zantop, *Zeitbilder*, p. 152 (traducción nuestra).

[15] Ibid., p. 149.

(Goya); «Niporesas» (Larra) / «Ni por esas» (Goya); «El casarse pronto y mal» (Larra) / «El sí pronuncian» (Goya). También compartió con el pintor el desencanto final, la desesperación ante la nada en que desembocaban todos los esfuerzos reformistas. Goya y Heine acabaron sus vidas en Francia. Tras su vuelta de Francia a España, Larra da un cambio de rumbo: emprende el camino sin retorno hacia la negatividad y el pesimismo más absolutos.

Hechas estas valoraciones históricas, enfocaremos ahora la concepción que tenían Larra y Heine sobre el lenguaje satírico para comprobar cómo se lleva a cabo tal propósito en la práctica cotidiana de sus cuadros de costumbres (caso de Larra) / cuadros de viaje (caso de Heine). Larra, en su artículo «De la sátira y de los satíricos», aparecido el 2 de marzo de 1836 en *El Español*, declaraba: «Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos la honra de pertenecer»<sup>16</sup>. Si por un lado se enorgullecía de «pertenecer» a la sociedad española, de no ser un marginado ni un proscrito, al mismo tiempo se lamentaba de la dificultad de hacerse entender en el conjunto de lectores de su país, que eran los naturales receptores de tales críticas pero que, en lugar de hacerle caso corrigiendo comportamientos, podían tacharle de mal patriota o de persona resentida. Y no quería correr ese riesgo. Es igualmente llamativo cómo Larra despersonalizaba sus alegatos:

¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna<sup>17</sup>.

Por otra parte, en la «Satírico-manía» de 1833 había puesto en boca de Don Clemente Díaz la idea de que la sátira podía ser un arma de doble filo y que había que saber emplearla bien:

... la sátira es harto delicada de manejar atinadamente en este siglo de buena educación... Reconozcamos, pues, a una voz que el inconveniente de la sátira no es su inutilidad, sino la dificultad que le es inherente para manejarla, dirigirla y no hacer de ella un arma alevosa, que en lugar de campear por la virtud, emponzoña más y más sus tiros delicados<sup>18</sup>.

[16] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 717.

[17] *Ibid.*, p. 715.

[18] *Ibid.*, pp. 239 y 240.

Tanta delicadeza, a Larra le dejaría, finalmente, tirado en la cuneta de la batalla lingüística<sup>19</sup>. Por contra, lo que menos preocupaba a Heine era que sus diatribas fueran delicadas. Al contrario, cuanto más emponzoñadas y ofensivas, mejor. En la primera página de sus primeros *Cuadros de costumbres* de 1824 escribía sobre la ciudad de Gotinga de cuya universidad acababa de ser expulsado: «La ciudad misma es bonita y le gusta más a uno cuando se la mira de espaldas»<sup>20</sup>. Apenas ningún lugar que hubiera visitado Heine se salvaba de ser denostado. En la segunda *Carta de Berlín* había escrito en 1822:

Hace tiempo que sé que una ciudad es como una muchacha a la que le gusta ver reflejado su lindo rostro en el espejo de la correspondencia de un forastero. Pero nunca hubiese pensado que Berlín se comportaría, en esos espejismos, como una vieja, como una auténtica cotorra. Entonces me di cuenta de que Berlín es un gran rincón de provincias<sup>21</sup>.

La única ciudad, de las que visitó en sus muchos viajes, en que se sentía como pez en el agua era París. Volveré más adelante sobre la francofilia de Heine y Larra. Heine dirigía sus flechas no sólo contra los lugares sino también, y en última instancia, contra los habitantes de estos lugares. En las primeras líneas de su *Viaje de Múnich a Génova* de 1828 puntualizaba con una sutil paradoja su actitud hacia algunos contemporáneos:

Soy el hombre más cortés del mundo. Me ufano de no haber sido nunca grosero en esta tierra donde hay tantísimos tunantes insoportables que se sientan a tu lado para contarte sus penas o incluso declamar sus versos...<sup>22</sup>

Afirmar que se es cortés y acto seguido tildar de tunantes a los conocidos es uno de los típicos procedimientos satíricos de Heine: con el envoltorio de un vocabulario idealista despierta unas expectativas, sólo para destruirlas a hachazos. En el capítulo XI de los mismos *Cuadros de viaje* atacaba a los tirolese con la siguiente púa que debió de ser más hiriente, si cabe, por haber empezado con una loa:

[19] Larra sostuvo, en su artículo «Filología» de 1832, que «la lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado». Cf. *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 135.

[20] Heine, *Sämtliche Schriften* 2, p. 103 (traducción nuestra).

[21] *Ibid.*, p. 23.

[22] *Ibid.*, p. 315.



Los tirolese son bellos, alegres, honestos y honrados y de una insondable limitación de espíritu. Son un género humano sano, quizás porque son demasiado tontos para poder estar enfermos<sup>23</sup>.

Es evidente que las personas que se daban por aludidas quedaban eternamente ofendidas con Heine por su impertinencia. El oxímoron «insondable limitación» es un conceptismo ingenioso digno del mejor pensamiento barroco. Heine no teorizó nunca sobre la sátira, a la que no podía buscar conscientemente, puesto que formaba parte de su personalidad. Ahora bien, al igual que para Larra, un importante punto de referencia fueron Aristófanes y Boileau o Voltaire. Y donde Larra bebió en la fuente de la picaresca y de Quevedo, Heine se había embebido, ya en su adolescencia, con la lectura del *Quijote*. Una buena dosis de su estrategia irónica le proviene de esa influencia.

Detengámonos en cómo ambos escritores logran transmitir lingüísticamente su disconformidad con una realidad deficiente. A veces se trata de un mero ejercicio jocoso, permeado por una chispeante ironía. En *Ideas. El libro de Le Grand* de 1826, Heine le describe a su interlocutora su encuentro con la pequeña Verónica:

He de confesar, ante todo, que yo no era digno de besar esa mano. Era una mano hermosa, tan suave, tan transparente, brillante, dulce, olorosa, tierna, cariñosa...; bueno, en verdad, he de mandar que me traigan de la farmacia doce peras gordas de adjetivos<sup>24</sup>.

En un ejercicio de metaficción, Heine cuestiona su propia capacidad creativa de adornar adecuadamente con adjetivos la descripción de una dama, insinuando que ese talento puede comprarse en cualquier farmacia como un antídoto contra el estilo insípido y falto de inspiración. También encierra en las citadas líneas una crítica contra aquellos escritores que empleaban una profusión de adjetivos «baratos» —o tópicos— en sus descripciones. Heine a veces disimulaba hábilmente su intención de ser chistoso, empleando un ingenio que cabalgaba entre la ironía mordaz y la sátira contra personas e instituciones. Al evocar el siguiente recuerdo de sus años como escolar, resaltaba un problema lingüístico:

Por seis veces consecutivas hube de soportar la pregunta:  
— Henri, ¿cómo se dice «credo» en francés?  
Y por seis veces, siempre llorando, respondí:

[23] *Ibid.*, p. 337.

[24] *Ibid.*, p. 128.



— Se dice *le crédit*.

Y a la séptima vez, rojo como una cereza el rostro, gritó el iracundo examinador:

— ¡Se dice *la religion!*<sup>25</sup>

Al equiparar *crédito* con *religión* —es decir, la esfera material con la espiritual—, rozaba Heine la irreverencia hacia la institución educativa. Implícitamente censuraba la hipocresía de los educadores no laicos. Pero también criticaba la educación recibida en el seno de la familia. Sus *Memorias* finalizan con el siguiente recuerdo de una sentencia de su padre:

Soy tu padre, mayor que tú, y por lo tanto tengo más experiencias; así que puedes creer en mis palabras cuando me tomo la libertad de decirte que el ateísmo es un gran pecado<sup>26</sup>.

El procedimiento satírico consiste aquí en que describe, por un lado, cómo el padre trata de imponer su autoridad apoyándose en una mayor experiencia vital. Por otro, le exhorta al hijo a «creerle», más o menos a ciegas y sin haberle aportado pruebas, que el ateísmo es un pecado. Además, el padre desmantela él mismo parte de su posición superior al emplear la fórmula de cortesía «me tomo la libertad de decirte», propia de otra época y totalmente inadecuada para el trato autoritario. También Larra se refirió en una ocasión a «la rutina y [...] opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado»<sup>27</sup> como si en su tiempo ya hubiera sido una cosa superada.

En su explosivo prólogo a *Kahldorf sobre la aristocracia*, que fue en gran medida el detonante para que tuviera que exiliarse pues el gobierno le impuso la prohibición de publicar, escribió Heine en 1831:

¡Ay de esos verdugos del espíritu que nos convierten en criminales, y el escritor, más nervioso que una parturienta mientras escribe, en tal estado a menudo comete un infanticidio de sus pensamientos a causa del miedo insensato que tiene a la espada justiciera del censor. Yo mismo suprimo en este momento algunas inocentes observaciones neonatas...<sup>28</sup>

[25] «Ideas. El libro de Le Grand» (1826) en *Sämtliche Schriften* 2, p. 83 (traducción nuestra).

[26] «Memorias» en *Los dioses en el exilio* (ed. Pedro Gálvez), p. 402.

[27] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 151.

[28] H. Heine, *Sämtliche Schriften* 2, p. 656 (traducción nuestra).

Heine comparaba en este pasaje expresamente la práctica censorial —y aun la autocensura— con uno de los crímenes más abominados por todas las sociedades: el infanticidio. El empleo de los vocablos «verdugos», «parturienta», «espada justiciera» y «neonatas» trasladan la realidad de la escritura y la censura a la esfera del parto y del crimen. Larra también advertía del peligro de un castigo ejemplar para quien se excediera en sus sátiras, haciendo recapacitar a un escritor público: «Corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote»<sup>29</sup>. Y en «Lo que no se puede decir, no se debe decir» hacía un delicado acto de equilibrismo al reprender, de forma indirecta, la autocensura que impedía al escritor expresar libremente sus ideas:

Examino mi papel; no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna...<sup>30</sup>

El problema para Larra estribaba en que el público pudiera captar tan veladas alusiones a la falta de libertades en su país. En su artículo de 1833, *En este país*, ya había dejado constancia de que era consciente de este problema:

... sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados...<sup>31</sup>

El recurso de la despersonalización sólo puede ser eficaz cuando se está seguro de que el lector sabe leer entre líneas, es decir, que sea más avisado que la propia Censura. Por ejemplo, Larra citaba un apócrifo monólogo de Beaumarchais, autor de *Las Bodas de Fígaro*:

«Se ha establecido en Madrid un sistema de libertades que se extiende hasta la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la policía, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión

[29] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 141.

[30] *Ibid.*, p. 493.

[31] *Ibid.*, p. 278.

de dos o tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico...»<sup>32</sup>

Larra ponía, pues, su propio pensamiento en boca de otro, lo cual aumentaba las posibilidades de que estuviera a salvo de la intervención directa de la Censura, pero también convirtió sus ataques en un arma roma, de un dudoso efecto retardado por su ambigüedad. Heine publicó sus sátiras más fuertes contra Alemania en Francia. Por lo tanto, tenía libertad de decir lo que se le antojase. El «afrancesado» Larra, formado intelectualmente con ciertas ideas libertarias desde su estancia en el país galo cuando niño, marchó nuevamente a Francia en 1835, llevando consigo el lastre de su amor por España<sup>33</sup>. Describió así su despedida en «Impresiones de un viaje»:

Por fin debía dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida a quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podía menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada a esta patria donde había empezado a vivir, porque en ella había empezado a sentir<sup>34</sup>.

Los motivos de Heine para abandonar Alemania en mayo de 1831 eran de índole rotundamente política. El 1 de abril había confesado su resignación a su amigo Varnhagen en los siguientes términos:

Ahora preveo nuevos retrocesos, lleno estoy de malos augurios y sueño todas las noches con hacer mis maletas y marcharme a París para respirar aire fresco, entregándome totalmente a los altos sentimientos de mi nueva religión [el saint-simonismo] y acaso recibir los últimos votos como sacerdote de la misma. [...] Aquí sigo viviendo en la más triste de las tribulaciones. Me doy cuenta de que con la mayor voluntad no puedo inclinar a mi favor la sabiduría de los gobiernos y tan sólo me queda ponerme a salvo de sus necesidades<sup>35</sup>.

[32] *Ibid.*, p. 531.

[33] Azorín señala en la personalidad de Larra tres cortezas que nos impiden ver el núcleo central: su pugna con los abusos del Estado español, su debate con la esfera social de las costumbres y sus más que tirantes relaciones con la familia. En el centro de su personalidad estaría el abismo de la nada al que va a precipitarse, cf. *Artículos de costumbres*, pp. 11-12, *passim*.

[34] *Ibid.*, p. 651.

[35] H. Heine, *Sämtliche Schriften* 3, p. 708 (traducción nuestra).

El reencuentro de Heine con la patria, trece años después, era tanto más amargo. Así lo confirman estos versos de *Alemania. Un cuento de invierno* cuando la diosa Hammonia le hace ver el porvenir al viajero: «Pero este olor del futuro alemán / supera todo / lo que mi nariz hubiera sospechado, / no lo podía aguantar más. /»<sup>36</sup>. Heine enfermó mortalmente, en gran medida porque somatizó su desencanto con el desarrollo político que Alemania había tomado.

Larra entró en un nuevo estadio anímico tras su vuelta de Francia a finales de 1835. Los artículos de enero de 1836 hasta la Noche de Difuntos y Nochebuena del mismo año están imbuidos de un pesimismo que le conduce al precipicio nihilista. Al ver en el relieve de una urna «una cadena, una mordaza y una pluma»<sup>37</sup>, Larra llegaba a la ineludible conclusión de que había muerto toda esperanza y de que todos los empeños del *Pobrecito hablador* desembocaban en el silencio del sepulcro. De modo que a ambos autores les mató indirectamente su ulterior incapacidad de asumir y digerir las deficiencias de su país. La patria era, en definitiva, la espina que tenían clavada como un amor antiguo jamás superado. Sumándose a la rémora de su romanticismo, ese viejo dolor les atrapó y subyugó a la postre.

## Referencias bibliográficas

- AREGGER, Agnes J. (1981) *Heine und Larra. Wirkungsgeschichte eines deutschen Schriftstellers in Spanien*, Zürich.
- BALZER, Berit, (2000) “Spain in Heine- Heine in Spain. Notes on a Bilateral Reception”, en: *The Lion and the Eagle* (eds. C. Kent, T. Wolber, C. Hewitt), New York: Berghahn Books, pp. 314-334.
- BURGOS, Carmen de (1919) *Fígaro*. Madrid: Imprenta «Alrededor del Mundo».
- CABRERA, Vicente (1977) “El arte satírico de Larra”, en: *Hispanófila* 59, pp. 9-17.
- ESCOBAR, José (1972) “El *Pobrecito Hablador* y su intención satírica”, en: *Papeles de Son Armadans* 64, pp. 5-44.
- HEINE, Heinrich (1997) *Sämtliche Schriften*, vols.1-6/II (ed. K. Briegleb). München: dtv.
- (1953) *Cuadros de viaje*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

[36] H. Heine, *Deutschland. Ein Wintermärchen / Alemania. Un cuento de invierno* (trad. Jordi Jané), p. 279

[37] M.J. de Larra, *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson), p. 876.

- (1984) *Los dioses en el exilio* (ed. P. Gálvez). Barcelona: Bruguera.
- (1982) *Deutschland. Ein Wintermärchen / Alemania un cuento de invierno* (ed. J. Jané). Barcelona: Bosch.
- (1995) *Gedichte-Auswahl. Antología poética* (ed. B. Balzer). Madrid: Ediciones de la Torre.
- KIRKPATRICK, Susan (1977) *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid: Gredos.
- KONITZER, Eva (1970) *Larra und der Costumbrismo*. Meisenheim am Glan: Anton Hain.
- LARRA, Mariano José de (1960) *Obras* (ed. C. Seco Serrano). Madrid: Biblioteca de Autores Españoles 128-130.
- (1969) *Artículos de costumbres* (prólogo de Azorín), Madrid: Espasa-Calpe.
- (1979) *Artículos de costumbres* (ed. J.L. Johnson). Barcelona: Bruguera.
- (1991) *Artículos* (ed. E. Rubio). Madrid: Cátedra.
- (1982) *Artículos varios* (ed. E. Correa Calderón). Madrid: Castalia.
- LISTA, Alberto (1918) “Juicio de Lista sobre Larra”, en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid, pp. 491-492.
- (ed.), *La Gaceta de Bayona* (15-9-1828 – 9-8-1830).
- RANKE, Leopold von (ed.) (1832) *Historisch-politische Zeitschrift*, vol. 1. Hamburg.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1992) “El viaje europeo de Larra”, en: *Aula de Cultura 17*. Ayuntamiento de Madrid, pp. 5-38.
- SCHMIDT, Bernhard (1975) *Spanien im Urteil spanischer Autoren. Kritische Untersuchungen zum sogenannten Spanienproblem 1609-1936*. Berlin: E. Schmidt Verlag.
- TEICHMANN, Reinhard (1986) *Larra. Sátira y ritual mágico*. Madrid: Playor.
- UMBRAL, Francisco (1965) *Larra. Anatomía de un dandy*. Madrid: Alfaguara.
- ZANTOP, Susanne (1988) *Zeitbilder. Geschichte und Literatur bei Heinrich Heine und Mariano José de Larra*. Bonn: Bouvier.
- (1999) “Zwischen Aneignung und Enteignung. Heine in Südeuropa”, en J.A. Kruse, B. Witte, K. Füllner (eds.), *Aufklärung und Skepsis: Internationaler Heine-Kongress zum 200. Geburtstag*. Stuttgart: Metzler, pp. 94-108.